

lo que tenemos de hijos de María! ¡Hasta cuándo seremos como la llama, que, ansiosa de subir, se reduce á humo! ¡Hasta cuándo imitaremos á los vapores terrestres, que, subiendo á lo alto, ó caen con precipitacion en la tierra como caudalosos torrentes, ó compactados en las nubes, se convierten en granizo y en rayos! ¡Desgraciados orgullosos! ¡Desgraciados impúdicos! ¡Desgraciados incrédulos! Vosotros no podeis aspirar á ser coronados con María, porque no quereis imitar su humildad, su pureza y su sumision.

¡Oh Madre augusta, Emperatriz de los cielos y Reina de todos los ángeles! Yo me avergüenzo de ser tu hijo adoptivo, ni puedo comprender cómo una Madre tan excelsa tiene hijos tan viles é ingratos. ¡Ah! Desde el trono de gloria en que reinas, derrama una mirada benigna sobre el último de tus siervos, que desea amarte é imitar tus virtudes; consueta á la Iglesia afligida, que respondiendo á los ecos de la córte celestial, entona hoy himnos á tu triunfo; enviad vuestros consuelos tambien á estas Esposas de tu Hijo, para que en este valle de lágrimas se anime más y más su corazon en el amor de las virtudes, que son su ornamento en esta vida y sus riquezas en la otra. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

NECESIDAD DE HONRAR Á MARÍA SANTÍSIMA

PARA ADORAR Á DIOS.

Qui non est mecum, contra me est.

El que no está conmigo, contra mí está.

La Encarnacion del Verbo divino es el consorcio de Dios con la humanidad, consorcio que entraña la elevacion del hombre á un trato íntimo con una naturaleza de que se encontraba divorciado. Su resultado inmediato es la union real de la naturaleza divina á la humana, y la conjuncion moral de todo entendimiento racional á la misma razon eterna, para vivir con la vida de la gracia y estar unida á aquélla por un vínculo santo, procurando alcanzar el último resultado de esta union, que es la gloria de Dios y la felicidad del hombre. No cooperar al lleno de la voluntad soberana en la realizacion de este designio de misericordia, es desparramar las riquezas del cielo; no unirse á un Dios que descende al hombre lleno de amor y de ternura, concurriendo á sus pensamientos y cumpliendo en todo su voluntad, es constituirse enemigo suyo. *Qui non est mecum, contra me est.*

No há lugar en esta nocion de la razon humana con la divina la más mínima separacion, ni es posible la division de partes sin pretender la destruccion del todo, exi-

giendo Dios la reciprocidad omnímota, pues así como Él se da enteramente al hombre, quiere que éste se una todo á Él, consagrándole en las aras del amor su razon con todas sus potencias, su corazon con todos sus deseos, y su cuerpo con todos sus sentidos. Para estar unido con Dios es preciso que el hombre crea en todas sus palabras, observe todos sus preceptos, obedezca á todos sus mandatos, y, sometiendo su voluntad á la divina, no tenga la osadía de querer sembrar la division en el que por naturaleza es indivisible; y si no se une á Dios de esta manera, romperá la cadena de oro que liga al cielo con la tierra, y de amigo que debiera ser, se convertirá en enemigo de la Divinidad. *Qui non est mecum, contra me est.*

Y es tan admirable la armonía que liga entre sí á todas las obras de Dios, están tan eslabonados todos los misterios de su amor para con el hombre, que, ó es preciso acatarlos todos, ó, si se duda de uno solo, se destruye toda la belleza de su conjunto celestial, incurriendo la razon humana en un horrendo anatema, pues de discípula se erige en maestra y reformadora de lo que ni comprende ni puede comprender. No hay, pues, disyuntiva en esta union; ó es preciso ser todo de Dios, creyendo con firmeza en la infalibilidad de su palabra y confesando toda verdad, que proceda de sus lábios, ó si se quiere entresacar una sola flor del precioso ramillete de las creencias que Él nos propone, somos unos sacrilegos, que profanamos la verdad eterna é inmutable, y levantamos un muro de hierro que constituye un campo enemigo suyo: *Qui non est mecum, contra me est.*

Con esta sencilla enunciaci3n de lo que lleva consigo el consorcio admirable que Jesucristo entabla por la encarnaci3n entre la naturaleza divina y la humana, se descubre cuál es el crimen de la herejía, cuando ha querido romper la cadena de los misterios de la fé. Ha pre-

tendido dividir la unidad de Dios; ha querido manchar con las toscas brochas de su razon el bellissimo pincel que delineó el cuadro de sus divinas maravillas; se ha enloquecido con arrebatada furia contra verdades que no comprendia, haciendo de las realidades abstracciones, y negando al Hijo de Dios la divinidad, y al Espíritu Santo los atributos de su esencia; ha dirigido tambien su torba mirada hácia el Dios humanado; y lo ha querido poner en divorcio con su Madre, haciéndolo á Él justo y á su Madre pecadora; á Él puro y á su Madre manchada; dando á Él honor y á ella deshonra, y pretendiendo doblar su rodilla ante el Hijo, mirando con desden y menosprecio á la Madre. ¿Será posible que sea amigo de Dios quien divide su esencia, quien no reconoce la Divinidad en sus personas, quien adore al Hijo y no venere á la Madre? No, porque hiere el corazon divino, rompe su unidad, desgarrá el tejido de sus glorias, y ultraja su santidad. *Qui non est, etc.*

Católicos: al tomar en mis lábios las palabras con que Jesucristo anatematizaba á unos sabios que veian sus obras, que eran divinas á todas luces, sin querer confesar la divinidad del que las hacía, no puedo ménos de pronunciar un anatema de execraci3n contra la orgullosa razon de los herejes, que pretenden estar unidos con Jesucristo cuando se han divorciado de lo que Él ama más, de lo que es el objeto de todas sus complacencias, de su Madre María. La predestinaci3n de la humanidad del Verbo Divino y la de su Madre son tan correlativas, que no puede cumplirse la primera sin que primero sea María criada sin mancilla, sin que sea Virgen incorrupta en los tres períodos que preceden, acompañan y siguen á la maternidad; sus destinos temporales están tan unidos, que formando Dios y María dos individuos de la naturaleza humana, y siendo su Hijo la persona divina que toma nuestra carne y Ella una pura criatura, no tienen

sino un solo pensamiento, una sola idea, una sola intencion; la de dar gloria al nombre de Dios y redimir al mundo. Sin embargo, despues de haber alcanzado el Hijo y la Madre victoria sobre el demonio, el pecado y la muerte; despues de haber entrado ambos en el reino eterno, la ciencia ampulosa de la herejía ha pretendido separar en el cielo las almas que siempre estuvieron unidas en la tierra, dando todo honor al Hijo y ninguno á la Madre, haciendo de Ella una mujer sin méritos que premiar, sin valimiento en la córte del cielo, sin intervencion en los destinos de la Religion en este mundo, sin imperio ni mando sobre los espíritus malos, sin amor ni compasion para con los hombres.

Fuera bien estéril, por cierto, la maternidad de María, si las cosas subsistiesen en el estado en que las forja la razon delirante del incrédulo; fecunda infinitamente por haber engendrado á todo un Dios, sólo hubiera sido un sér automática, que maniobraba sin conocimiento de sus operaciones y de sus resultados, y sin merecer la más insignificante recompensa. ¡Oh qué horribles son las consecuencias del error! ¡En qué abismo de tinieblas sumen al entendimiento que lo abriga!

Jesucristo, por su vida y muerte, ha merecido la redencion del mundo y la exaltacion de su nombre; ante este nombre se humilla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos; á Él se ofrece un sacrificio perpétuo de alabanza y bendicion; Él es adorado como Dios, como Redentor, Salvador y Reparador del mundo. ¿Podrá ser adorado el Hijo sin ser venerada la Madre? ¿Podrá confesarse la divinidad del Hijo sin creer en las excelencias de la Madre? Hé aquí lo que pretendiera la ciencia carnal, gloriándose vanamente de estar unida moralmente á Dios, á quien deshonor en su impiedad. No está con Jesucristo quien no honra á María. *Qui non est mecum*, etc. Voy, pues, á tratar esta materia tan vital para la Religion y

para sus hijos, demostrando que es enemigo de Dios quien no cree en las excelencias de María, pues le niega la mayor gloria que tiene la Divinidad, que consiste en haber tenido en el tiempo una Madre. Confesemos ántes públicamente nuestra dulce creencia, dirigiendo á la que es Madre de Dios y nuestra, la humilde plegaria con que la invocamos, diciéndola con el ángel: *Dios te salve, llena de gracia*, etc.

La dignidad de Madre de Dios no es ménos incomprendible por su esencia, cuanto por lo que de ella resulta á quien la posee. La union natural que liga á la Madre con el Hijo, pone á ésta en relacion inmediata con cuanto es pertenencia de Aquél por naturaleza. Así en la humanidad las alianzas más sagradas de familia están basadas en la procedencia de unos séres de otros, entrando á la parte de estas relaciones indisolubles el padre, la hija y el esposo, dando el primero por el derecho innato á la paternidad cuanto tiene á dos séres que, perteneciéndole por naturaleza uno, y otro por amor, van á constituir moralmente un solo individuo, *erunt duo in carne una*, pero ligados ambos al progenitor, cuyo nombre llevarán, cuya sangre circulará en el nuevo vástago que engendren, y de cuyas riquezas serán herederos.

Padre, hijo y esposo, son las tres voces eléctricas que llevan el fuego del amor á cuantos corazones hay en la tierra, porque en ellas se explican los derechos de los hombres á participar de los mismos bienes, á heredar la misma nobleza y á formar una misma familia. Las consecuencias de estas alianzas son indeclinables, por estar radicadas en la esencia de la misma naturaleza; podrá existir una desigualdad social entre el hijo del príncipe y la esposa que elija para sí; quizás el pañal burdo y la

choza desmantelada habrán recogido los primeros vagidos de la que va á reclinarse en tálamo coronado; mas desde que el heredero del trono llame cabe sí á la vírgen del campo y la reciba por esposa, el manto de púrpura embellece sus hombros, la diadema ennoblece sus sienes, el cetro esmalta sus manos, y la nueva dignidad da la suprema grandeza á su antigua pequeñez, un mismo lecho les da reposo, un mismo trono dará asiento á la madre y al hijo destinado á reinar; la hija del zagal es hija del rey, la humilde campesina hereda la sangre real, y adquiere su nobleza, dignidad y prerogativas.

Esta union de relacion recíproca y de intereses mútuos; esta solidaridad que estrecha en un solo punto de amor comun al padre, al hijo y al esposo en el seno de la humanidad, ¿podrá existir entre Dios y la naturaleza humana? Eterno Él, temporal ésta; Él necesario, contingente ésta; Rey Él inmortal é invisible, rico en su inmensidad, poderoso en su omnipotencia, ¿podremos nosotros llamarnos sus hijos, cuando sabemos que somos criaturas suyas, transitorias, mortales, indigentes, ignorantes, toscas y defectibles? ¡Oh dignacion del Sér infinito! Preciso es decir que sí; Dios es nuestro Padre. *Pater noster, qui es in caelis.* (Mathæi., cap. vi, 9.) Su Hijo es nuestro hermano. *Qui enim sanctificat et qui sanctificantur ex uno omnes.* (Hebreor., cap. ii, 11.) Su espíritu divino es el esposo de nuestras almas. *Et sponsabo te mihi in Sempiternum.* (Oseas, cap. ii, 19.) Desde que el Verbo Divino bajó al mundo, nos dió facultad y poder para hacernos hijos de Dios. *Dedit eis potestatem filios Dei fieri.* (Joann., cap. i, 12.) Él nos santifica en su sangre, y no se avergüenza de llamarnos hermanos suyos, procedentes todos de una misma raíz, que es su Padre divino. *Non confunditur fratres eos vocare dicens narrabo nomen tuum fratribus meis.* (Hebreor., cap. ii, 11 y 12.) Somos hijos de Dios, y heredamos su gloria; somos hermanos de su Hijo, y

heredamos sus promesas; somos esposos de su espíritu, y nos da su mismo amor, nos adorna con sus dones, y nos une á Él en vínculo de amor eterno. *In charitate perpetua dilexi te; ideo attraxi te.* (Jerem., cap. xxxi, 3.) ¡Oh dignacion del Sér infinito!

Todo esto se cumple en nosotros mediante la gracia divina; pero nuestras relaciones con Dios no pasan de ahí; se nos comunica su naturaleza de una manera admirable en el orden de la caridad: *Divinae consortes nature.* (II *Petri*, cap. i, 4.) El Padre, irritado por nuestra culpa, se aplaca con los méritos de su Hijo humanado, y nos predestina en Él á una gloria que nos corona, y á una gracia que, borrando nuestros pecados, nos santifica y fortalece para no caer de nuevo en su indignacion; y hé aquí la alianza eterna entre Dios y el mundo, concluida por Jesucristo para todas las generaciones, por la oblacion de su vida consumada una vez en la plenitud de los tiempos. *Una enim oblacione consummavit in æternum sanctificatos.* (Hebreor., cap. x, 14.) Somos hijos de Dios por la gracia, lo somos por la adopcion que nos mereció su propio Hijo; mas esto quiere decir que ántes fuéramos hijos de ira, como dice el divino Pablo, hijos de pena, hijos del infierno, al cual indeclinablemente nos precipitáramos por la culpa, y ahora somos hijos de misericordia, hijos de amor, amados en el propio Hijo. *Eramus natura filii iræ.* (Ephesior., cap. ii, 3.)

Perfectísima como es esta filiacion del hombre en el Hijo de Dios, no entraña necesaria é inevitablemente la participacion plena de cuanto Dios nos promete, por depender esta plenitud de adquisicion, no sólo de la misericordia divina, sino tambien de la cooperacion humana. Dios, que nos llama á todos en las entrañas de su amor, no corona sino al que corresponde á su vocacion y persevera hasta el fin; el hombre no podrá esperar racionalmente ser para siempre hijo de Dios y entrar

en la posesion de su reino, si despues de haber sido iluminado por su gracia la desprecia; si despues de haber sido vestido con la estola de la inocencia la mancha con nuevos crímenes y no hace penitencia por ellos. Una gracia que nos excita y obra en nosotros sin nosotros; una gracia que obra con nuestra cooperacion; una gracia que nos santifica y nos hace gratos á Dios, sus hijos y herederos de su reino, debiendo nosotros estar penetrados de un temor santo para no perderla por el pecado: hé aquí el gran sistema del amor divino, y la manifestacion de la misericordia del Padre que nos llama, del Hijo que nos ayuda y redime, y del Espíritu Santo que nos santifica, convirtiéndonos en habitacion suya, infundiéndonos la caridad. *Charitas Dei diffusa in cordibus... per inhabitatem spiritum*, etc. (Romanos, cap. v, 5.)

María tambien pertenece á esta filiacion, como que es un individuo de la naturaleza humana; pero es en Ella más excelente, por haber ostentado Dios con Ella la fuerza de su brazo áun ántes de haberse consumado en Ella el gran misterio de la Encarnacion. María es prevenida con la misma redencion que nos libra á nosotros del pecado; María no existe sin ser pura y santa, y desde su primer momento de vida, el Padre Eterno la consagra por Hija suya, diciendo á su alma, mejor que Asuero á Ester, que la ley de la culpa era para todos ménos para Ella: *Non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est*. (Esther, cap. xv, 13.) El Hijo la antecede con una redencion copiosa, que la exima ni áun de ver las ensangrentadas zarpas de la bestia devoradora; mucho mejor que Sanson preservó á la suya de que oyese el rugido del leon que saliera al camino, cuando madre é hijo bajaban á efectuar el desposorio con la filisteo (*Judicum*, cap. xiv, 5.); el Espíritu Santo la cubre toda entera con el argentino candor de sus alas, y la llama su Esposa, su paloma, su única querida, porque su amiga

es como la azucena entre las espinas. (*Canticor.*, cap. ii, 2.) María no necesita para su santificacion de aquella gracia que nos previene á nosotros, pecadores, porque habita en ella como en su sagrario el Espíritu Santo desde que existe, y la confirma en su gracia, y la da el don de la impecabilidad; María, en una palabra, obtiene la mejor parte, que jamás se le quitará.

Dios, es verdad, engalana á María con estas dotes que la decoran, en virtud de la eleccion que ha hecho de Ella desde la eternidad para que sea Madre suya en el tiempo. Pero entendamos que estas relaciones de gracia que hay entre Dios y María, comunes á todas las almas justas, aunque singulares, únicas y extraordinarias en Ella, no son las que exclusivamente forman los vínculos de union entre el Criador y esta nobilísima criatura. Todos los hombres están predestinados en Jesucristo á ser partícipes de la Divinidad por la gracia de la redencion, librándonos á todos de la culpa, y preservando á su Madre de no caer en ella; pero María entra en la comunicacion íntima é inmediata, no sólo de la gracia, sino de la misma naturaleza divina, y se forman entre Dios y Ella las mismas relaciones naturales, é intrasferibles, é indivisibles, que vemos entre el Padre, la Hija y el Esposo, habiendo tan sólo la diferencia infinita entre éstas y aquella, por ser las primeras entre séres defectibles y limitados, y la segunda entre el mismo Dios y una criatura en quien se digna depositar todo su amor y munificencia.

Entre tanto, estos efectos tienen respectivamente su debido cumplimiento desde que el Verbo divino se hace hombre en las entrañas de María; porque realmente es Hija del Eterno Padre, Madre del Eterno Hijo, y Esposa del Espíritu Santo. Por sólo el acto de la generacion del Verbo eterno en el seno de María, al cual concurren las tres personas divinas, se hace donacion á esta criatura de

cuanto cada una de ellas tiene, como Dios y como persona, que sea compatible con la naturaleza de María, que, sin dejar de ser criatura, empieza á poseer como cosa propia lo que esencialmente pertenece á su Hijo. La sabiduría de Dios, el poder del Padre, la virtud del Hijo, el amor inefable del Espíritu Santo, la providencia con que gobierna al mundo, la justicia con que pesa el valor de las acciones humanas, el amor con que santifica á los hombres, atributos naturales de Dios, eternos, infinitos é inmensurables, vienen á constituir la dote que enriquece en la debida proporcion á la que entre todas las mujeres es Hija del Padre, porque engendra á su Hijo, á la que entre todas las madres sola concibe, engendra, y da á luz y alimenta á Dios; á la que sola con un prodigio nuevo é irreiterable entra en los fueros de la maternidad sin cooperacion de otra criatura, y por la exclusiva é inmediata operacion del Espíritu Santo.

El conocimiento de estas verdades demanda una meditacion profunda; mejor dicho, exige una pureza de corazon que eleve el alma á la region donde no impere el sentido, sino el deseo de amar á Dios. ¡Ay! ¡Quisiera yo ser tan puro como los ángeles, para comprenderlas y explicarlas! ¡Pluguiese al cielo que todos los que han de oír ó registrar esta doctrina no sembrasen en sí las obras de la carne, para que allegasen el fruto del espíritu. Cuanto he dicho pertenece al patrimonio y á los intereses de Dios; porque en toda alianza de familia, además de las riquezas, que deben entrar como parte secundaria, hay el interés de la union del hijo y de la esposa con el lazo de amor, para estar vinculados al padre que los une, y á los nuevos hijos que aumenten su descendencia. Se preguntará quizás cuáles sean los intereses del Padre celestial, que es felicísimo en la generacion eterna de su Hijo; cuál podrá ser el patrimonio de este único Hijo, que posee esencialmente cuánto tiene su Padre: la respuesta está

impresa en todas las obras de Dios, y nosotros la llevamos grabada dentro de nuestros corazones. Interesa á Dios la gloria de su nombre, gloria que no puede trasferir á nadie. *Et gloriam meam alteri non dabo.* (Isaiæ, capítulo XLII, 8.) Y esta gloria, no sólo está cifrada en engendrar en los resplandores eternos á su Unigénito, sino tambien en que todas las criaturas cumplan sus mandatos y lleguen al objeto para que han salido de sus manos.

El Eterno Padre enriquece á su Hijo con cuantos atributos son propios de su esencia; pero además le ha dado un patrimonio en la creacion de los séres visibles é invisibles, y tambien pertenece á su gloria que este patrimonio se conserve íntegro, y sea gobernado por el Hijo como propiedad suya. Este patrimonio somos nosotros, y, por una sucesion de dominio, no hay un solo hombre que no toque al Trono de Dios. Vosotros sois de Cristo, decia el divino Pablo, y Cristo es de Dios. *Vos autem estis Christi, Christus autem Dei.* (I ad Corinth., cap. III, 23.) ¿Quién dudará de esto? Eternamente está hablando el Padre con su Hijo, y le dice estas palabras: «Tú eres mi Hijo; yo te engendro hoy; pídemme, y te daré las gentes por herencia, y tu posesion serán los confines de la tierra; dispondrás de ellas, y las regirás y las desmenuzarás como un vaso de arcilla.» (Psalm. II, 8 y 9.) No creemos que la gloria de Dios se aminoraria porque el ángel malo se rebelara contra Dios y el hombre quisiera vivir en este mundo, sin ley; dióles Dios el libre albedrío, del cual abusaron; pero si no dan gloria á su bienhechor en este mundo, algun dia vendrá en que brillará su justicia, quedando esta tan gloriosa como su misericordia. *Universa propter semetipsum operatus est Dominus impium quoque ad diem malum.* (Proverbior., cap. XVI, 4.)

Pues bien; inficionado este patrimonio por la culpa, el Padre manda al Hijo para que lo restaure y redima, y al Espíritu Santo para que lo santifique; pero no puede